

LETRAS

letrillas

LETRONES

POLÍTICA

Poderes en equilibrio

El Poder Judicial se ha encontrado a lo largo de nuestra historia constitucional en constante desventaja en relación a los otros dos Poderes, buscando ubicarse de manera clara y conclusiva en el esquema de un verdadero equilibrio institucional. En el proceso de adaptación que la ley sigue constantemente en la historia, el lugar político de la Suprema Corte de Justicia de la Nación se ha mantenido relegado con relación al Congreso de la Unión y al Presidente de la República. Por su propio diseño y funcionamiento, la Corte es llamada a intervenir en la política sólo en casos concretos —resultado del impulso procesal generado por algún interés particular.

Su carácter político, tradicionalmente disminuido en relación con sus pares constitucionales, y la ambivalencia que en el análisis jurídico genera su vínculo

con los otros dos Poderes de la Unión, tiene un largo antecedente en el tiempo. Basta, para ilustrar esto, con recoger la glosa que hace Don Daniel Cosío Villegas (*La Constitución de 1857 y sus críticos*) de las opiniones ambiguas sobre el Poder Judicial en la obra clásica de Emilio Rabasa. Según Cosío Villegas en *La Constitución y la dictadura*, el célebre jurista chiapaneco estableció que “la edificación crítica acerca de la Suprema Corte de Justicia arranca de la afirmación espectacular de que el Poder Judicial ‘nunca es poder’ [...] (Por otra parte, sin embargo, Rabasa considera) la excepcional importancia de la Suprema Corte de Justicia, cuya función es ‘la más importante que pueda conferirse en el interior de una república’: con su autoridad única de intérprete de la Constitución, la Corte restablece el equilibrio entre ‘las fuerzas activas del gobierno’...”

Recientemente, la Suprema Corte de Justicia de la Nación consideró necesario difundir un anuncio sobre el alcance

de sus facultades legales y de su poder político. En la prensa, publicó un desplegado con el siguiente aviso: “*Aquí PUEDE INVALIDARSE UNA LEY. En este edificio [el de la Corte] trabajan los once ministros que integran la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Su voto puede invalidar una ley o tratado internacional que no se apege a nuestra Constitución.*” Esta aclaración pública sin precedentes fue motivada, seguramente, por los resultados de la elección presidencial de julio del 2000 y el que el país inauguraba entonces un nuevo régimen político (¿y jurídico?) después de cerca de setenta años de monopolio partidista.

Pero sólo en la práctica, a través de las resoluciones de las autoridades jurisdiccionales, y de manera destacada en las sentencias sobre amparos, acciones de inconstitucionalidad y controversias constitucionales por parte de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, además de los fallos del Tribunal Electoral, se puede dar —y se ha dado— una *redefinición* del funcionamiento del gobierno y, más ampliamente, del diseño institucional del Estado mexicano. De ahí, el lugar central que ocupa (o puede ocupar) el Poder Judicial.

Con la resolución a la controversia constitucional sobre las atribuciones respectivas del Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo en materia de modificación y aprobación del Presupuesto de Egresos de la Federación (Artículos 72 y 74 Constitucionales), la Suprema Corte de Justicia de la Nación pasa a desempeñar un papel fundamental en la política nacional. En el marco de un nuevo y dinámico equilibrio político entre los Poderes, el fallo definitivo e inapelable de la Corte establecerá las fronteras y los puentes en la relación entre el Presidente de la República y el Congreso de la Unión *en esta nueva coyuntura histórica* y en un tema —el ejercicio del gasto público— de importancia trascendental para el buen funcionamiento de los órganos del Estado.

A través de la *interpretación de la Ley*, se da o puede darse un reacomodo de la política en relación con las nuevas condiciones democráticas y plurales que

prevalecen en el país. De este modo, la actual controversia sobre el Presupuesto del 2005 le representa a la Suprema Corte de Justicia de la Nación un desafío y una responsabilidad en la definición del equilibrio que *debe* imperar entre los otros dos Poderes de la Unión.

En el debate parlamentario reciente se enfrentaron dos interpretaciones posibles de las facultades del Ejecutivo y el Legislativo en materia presupuestal: Por una parte, el argumento *en contra* del reconocimiento en la Constitución de dicha facultad presidencial que se ha esgrimido es bastante simple y se reduce a señalar que el Artículo 72, en donde se detalla dicho procedimiento para aprobar y en su caso observarse una ley o un decreto (Inciso C), hace alusión expresa y constante a los casos de intervención de ambas Cámaras y no a los casos en que interviene de manera exclusiva una sola de ellas, que es el caso del Decreto de Presupuesto, que es aprobado sólo por la Cámara de Diputados.

En cambio, una lectura *integral y sistemática* del procedimiento establecido en el Artículo 72 y en particular su Inciso C) muestra que, no estando contenido en las excepciones establecidas en el Inciso J), no existe razón o argumento que impida que el Decreto de Presupuesto, como cualquier otro decreto o ley, sea revisado, modificado y en su caso aprobado por la Cámara de Diputados a partir del proyecto original del Ejecutivo y que después, como lo señala dicha disposición, el proyecto de ley o decreto desechado en todo o en parte por el Ejecutivo, sea devuelto con sus observaciones a la Cámara.

En el desarrollo que sufrió el procedimiento hasta llegar a la actual redacción, primero en el texto del Artículo 72 de la Constitución de 1917 y, después, con motivo de la reciente reforma a la letra actual del Artículo 74, Fracción IV, lo que cambió fue la determinación del Constituyente de otorgarle la exclusividad de la aprobación y modificación del proyecto de Presupuesto a la Cámara de Diputados, excluyendo al Senado, no al Ejecutivo. De hecho, los antece-

dentes históricos confirman que el Presidente de la República, siempre que lo ha considerado así por no gozar de la mayoría en el Congreso de la Unión o en la Cámara de Diputados, ha hecho uso de la facultad de observar el Presupuesto de Egresos.

Habría que añadir que la Constitución reconoce explícitamente la facultad exclusiva del Presidente de presentar la iniciativa de Decreto del Presupuesto (Artículo 74 constitucional). Si el Presidente es quien puede y debe presentar el proyecto general y la iniciativa del Presupuesto, debería reconocérsele el derecho a hacer observaciones al Decreto aprobado. La Cámara de Diputados, como lo establece el propio procedimiento del Artículo 72, mantiene su facultad definitiva de rechazar las observaciones con las dos terceras partes del número total de votos.

Bajo esta interpretación a la Constitución se logran varios propósitos jurisdiccionales: 1) se respeta la división de poderes, 2) se reconoce la facultad de iniciar y participar en la aprobación del Presupuesto por parte del Ejecutivo, 3) se preserva la facultad exclusiva de la Cámara de Diputados de revisar, modificar y aprobar el Decreto de Presupuesto, y, por último, de igual importancia, 4) se fortalece la colaboración institucional en el marco de una división y equilibrio de Poderes. Reconocer o rechazar la facultad del Presidente de la República para hacer observaciones al Decreto de Presupuesto de Egresos de la Federación trasciende al actual gobierno y a la Legislatura vigente, y definirá más bien la funcionalidad del modelo político que se construye en el actual periodo histórico del país.

Desde el diseño original del sistema republicano de gobierno, se ha reconocido la importancia de que sea el Poder Judicial quien resuelva los conflictos entre las leyes y los otros dos Poderes. En *El Federalista* (de Hamilton, Jay y Madison) se expresa: “El ejercicio del arbitrio judicial, al decidir entre dos leyes contradictorias, se ilustra con un caso familiar. Sucede con frecuencia que coexisten dos leyes que se oponen en

todo o en parte [...] En semejante caso les corresponde a los tribunales esclarecer y fijar su significado y su alcance.” La Suprema Corte de Justicia de la Nación tiene la posibilidad —en torno a la controversia constitucional sobre las atribuciones y facultades del Presidente y el Congreso en materia presupuestal— de interpretar la Constitución a favor de un esquema de gobierno compartido, no dividido. —

— EMILIO ZEBADÚA

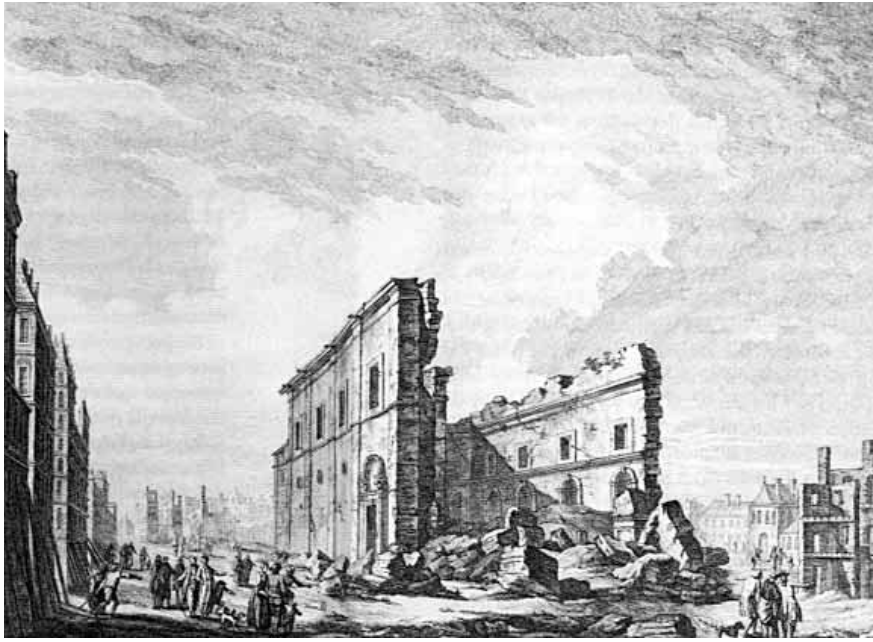
REFLEXIÓN

Algunos cambios

El primer día de noviembre de 1755, sobre las diez de la mañana, un terremoto de intensidad 8.5 grados Richter y con epicentro en las Azores, arrasó la ciudad de Lisboa. La sacudida fue duradera, más de dos minutos, y al rato llegó el maremoto (hoy llamado *tsunami* gracias al implacable esnobismo de los periodistas), el cual acabó con todo lo que aún quedaba en pie. La ola fue tan tremenda que cientos de kilómetros al sur de Lisboa, en Cádiz, rompió las murallas “desplazando piezas de sillería de entre ocho y diez toneladas de peso”, según cuenta el Catálogo Nacional de Riesgos Geológicos. Se calcula que el seísmo mató a unas cincuenta mil personas, cantidad proporcionalmente enorme si consideramos que la población de Lisboa por aquellos años apenas superaba las doscientas mil almas.

La similitud del terremoto de Lisboa con el que asoló los países ribereños del Océano Índico durante el mes de diciembre es evidente. Se trata del mismo fenómeno, separado por 250 años. En ese lapso (una nimiedad, incluso para la medida histórica occidental) el efecto intelectual del desastre ha cambiado radicalmente. Como si hubiera sucedido en otro planeta.

Quizá lo más chocante para nuestra conciencia moderna sea que dos años más tarde, en 1757, el grabador J.P. Le Bas publicara con gran éxito de ventas una colección de planchas en la que fi-



J. P. Le Bas, Recueil des plus belles ruines de Lisbonne, 1757.

guraban vistas de la destrozada ciudad de Lisboa. Los grabados se habían llevado a cabo a partir de dibujos al natural que venían a ser como las instantáneas fotográficas de la época. El libro se titulaba *Recueil des plus belles ruines de Lisbonne* y tenían la grandeza sublime de las *Vedute di Roma* de Piranesi.

Que la ruina pudiera ser “bella” quiere decir que tenía vida propia, existía por sí misma y al margen del sufrimiento humano. La inocencia de la ruina sería hoy de todo punto impensable. Si alguien osara publicar dentro de un par de años un libro de fotografías sobre los efectos del maremoto titulado *Las más bellas ruinas de Sri Lanka*, sería lapidado en la vía pública. Las cosas que nos rodean se han impregnado de culpabilidad. La piedra, las arenas, los muros y maderos, llevan consigo el dolor humano a modo de piel. Es otro efecto del sentimentalismo, enfermedad senil de la democracia avanzada.

El terremoto de Lisboa no sólo trajo consigo álbumes de grabados, sino también dramas teatrales, sermones, pinturas y gran variedad de manifestaciones artísticas. Por encima de todas ellas brilló con luz cegadora (y fue leído por miles y miles de ciudadanos) el *Poème sur le désastre de Lisbonne* que man-

dó imprimir, en 1757, el sexagenario Voltaire. La imposibilidad actual de algo semejante es también signo de un profundísimo cambio. No parece verosímil que el año próximo leamos un *Poema sobre el maremoto de Indonesia*, ni nada similar.

El poema de Voltaire comenzaba con una meditación sobre las incomprensibles decisiones de la Providencia y una reflexión filosófica contra el dogma católico de la caída. El poema negaba cualquier relación entre el dolor y la culpabilidad. ¡No! (venía a decir Voltaire), los lisboetas no han sido castigados por sus pecados, los humanos no somos seres decaídos por el pecado original... pero es cierto que no podemos encontrar razón para el Mal, ni entender a Dios cuando libera su potencia destructiva. El poema acudía en auxilio de aquellos ilustrados que se debatían contra el sinsentido de la máquina celeste dirigida por un Dios incógnito.

También negaba Voltaire los razonamientos utilitaristas del tipo: “esta destrucción parece absolutamente maligna, pero en realidad favorece a los herederos de los muertos, a los albañiles, a los animales que se alimentan de los cadáveres...” y los acusaba de ser insoportablemente crueles. Era su mane-

ra de responder a aquellos que se habían escandalizado con su célebre *Candide* en donde, a partir del juicio leibniziano de que el nuestro es “el mejor de los mundos posibles”, Voltaire socavaba los fundamentos del optimismo teológico.

Dos siglos más tarde la colosal destrucción del Índico no suscita ya ni juicios estéticos, ni mucho menos reflexiones morales. En doscientos años nos hemos habituado a convivir con lo inexplicable, con lo absurdo, con el mal, con la ausencia de sentido. Bien es verdad que han sido dos siglos de tenaz destrucción. La Revolución Francesa y el Terror, dos guerras mundiales, el genocidio nazi, las masacres estalinistas, las carnicerías de Pol Pot y de Mao Tse Tung, el estallido de bombas capaces de arrasar el planeta entero...

Se habrá observado que las hecatombes de los dos últimos siglos son obra exclusiva de los humanos. Habiéndonos demostrado a nosotros mismos que somos capaces de arrasamientos muy superiores a los de cualquier meteoro natural, parece que nos hemos quedado sin habla. Desde luego, ya no nos consuela la belleza de lo arruinado, pero es que ni siquiera osamos pedir explicaciones por la descomunal destrucción. Es como si nos hubiéramos resignado a vivir en el sinsentido humano, el cual es incluso más abrumadoramente absurdo que el sinsentido divino.

Siendo así que los humanos hemos demostrado ser peores que la peor catástrofe y que el peor dios, ¿cómo vamos a exigir explicaciones sobre el Mal? —

— FÉLIX DE AZÚA

PEQUEÑECES

Uso y abuso del tsunami

El centro de acopio para la ayuda a los damnificados del terremoto y, luego, del *tsunami*, luce desierto: tres cajas de cartón de huevo con ropa, otra con aceite y una con kilos de frijol.

Esa última no llegará a Indonesia o a Sri Lanka porque allá nunca han visto un frijol y seguro creerán que se martilla para sacarle la pulpa. No, esta vez no hay una solidaridad que nos comunique con ese lado del mundo, no hay un asidero posible aunque se nos trate de convencer de que un buen nombre para una hija sea “Tsunami Gómez”. La televisión hizo su trabajo de conmoción habitual. Carlos Loret de Mola desde Banda Hache –así decía el letrerito con el mapa– recitaba: “Aquí, donde los barcos yacen en tierra y los camiones flotan en alta mar.” Y vimos cada nuevo video de la ola de palos, palmeras y coches que se arrojaba hacia una combinación de nativos y turistas alemanes que corrían. Gente de vacaciones o sin zapatos corriendo delante de la ola. Impactante pero sin emoción.

Se trató de localizar a alguna víctima genuinamente mexicana. La de Monterrey apareció. La soprano de un hotel en una isla contó su experiencia en el techo esperando a que llegara un avión que los rescatara. Luego, en efecto, un niño de ocho años mexicano se había muerto, pero no afectó el flujo de las cajas de solidaridad. Y es que no se veía mucho qué salvar en el encuadre televisivo: palmeras arrasadas, ciudades desiertas, y nadie que tomara una pala para rescatar. Además, la idea de que los propios habitantes del Océano Índico vendieran los videos del *tsunami* como *souvenir* pasó a perjudicar la imagen que podríamos tener de ellos.

Todo lo contrario. Una traductora –y no precisamente del japonés– que vio las imágenes en una televisión con baja sintonía desde Puerto Vallarta me dijo:

–No sé por qué le dicen a esa cosa el “tsunami”: se debería llamar el “tsumadre”.

De inmediato, en una estación de radio un locutor propuso que un luchador debutara en la Arena México con el seudónimo de “El ‘Tsunami’ Velázquez”. El telefonema de un radioescucha propuso un nuevo platillo a base de marisco llamado “tsunami” porque –textual– “te hace olas después

de digerido”. Sin solidaridad posible, el asunto terminó en una de las formas en que lidiamos en estas tierras con la finitud ajena, y que no es el arte de la cábala, sino de la cábala.

La desproporción del “evento” –como dicen los medios– abonó a lo imaginable. Así como no podemos imaginarnos lo que todavía debemos del rescate bancario o del número de chinos, que el terremoto marino haya sido treinta veces más fuerte que el de México en 1985 carece de referente experimentable. Olas a ochocientos kilómetros por hora son también difíciles de poner en la mente en plena construcción del Metrobús de Insurgentes. El colmo fue cuando se publicó que el “eje de rotación de la Tierra había variado”. Los científicos pidieron calma a las ocho columnas y salieron a explicar:

–No se alarmen. Cada cuatro años, el eje de la Tierra varía.

En esa conferencia de prensa de la UNAM, todos nos volteamos a mirar con terror. Íbamos a la deriva.

Quizás eso fue lo más grave a nivel del imaginario individual: una ola se tragó costas e islas enteras, abatió ciudades que nunca habíamos visto, ahogó a más de doscientas mil personas, algunas de las cuales todavía vagan por alta mar. Todo por una insensible rajadura de la Tierra. Todo se mueve sin importar que estemos o no en el mundo. La Tierra hace lo que tiene que hacer: confrontar bobaliconamente sus pedazos unos contra otros, así nomás, sin importar las molestias que ocasione allá arriba.

–Me siento pequeña –dijo Denise Maerker en su programa de radio. Y yo me reí porque, en verdad, es como de mi tamaño.

Pero después de asumir la poca relevancia de los que estamos en la superficie terrestre, siguieron las noticias. Que si López Obrador, que la controversia constitucional, que el llamado al diálogo, que el penal de La Palma, en fin. Pero había algo que se quedaba como una vocecita en el segundo plano:

–Y aquí, ¿cuándo volverá a temblar? –

– FABRIZIO MEJÍA MADRID

RESCATISMO

Yo también fui topo

Hacia finales de enero del 2001, estaba colaborando como voluntario en un proyecto de Télmex y la Brigada de Rescate “Topos”. En realidad, como diría mi abuela, me encontraba realizando un trabajo dentro de mi mayor especialidad: hacer bola. Todo marchaba en orden cuando, la mañana del 26 de enero, un sismo de 7.9 grados en la temible escala de Richter estremeció el noroeste de la India. Aquel día mi labor cambió por completo y, de buenas a primeras, me encontraba colaborando en la organización de la salida de la brigada hacia el lugar del desastre.

De inmediato nos comunicamos con la embajada hindú para reportar a los topos listos para partir a ayudar, y un poco después con Aeromexico para solicitar las cortesías necesarias. El sismo parecía haber alcanzado el recinto de la embajada de la India en México, pues allí reinaba el caos: nadie nos pudo atender en los siguientes tres días. Finalmente obtuvimos respuesta; nos dijeron: “Traigan los boletos de avión y les expedimos la visa”, lo que contrastaba con lo que nos decían en la aerolínea: “Traigan las visas y les expedimos los boletos.” Pudimos desatar el nudo ciego una semana después, cuando dejamos como rehén a un hombre topo, y nos dirigimos a la Embajada con los boletos en la mano para sellar los pasaportes.

Al momento de dictar los nombres al funcionario aéreo, el presidente de la brigada me dijo: “¿Cómo ves, jalas con nosotros?” Le expresé entonces mi enorme indisposición a los trabajos forzados, mi fuerte tendencia a los desmayos ante la más mínima gota de sangre, y las penosas y frecuentes urgencias prostáticas que me aquejaban, a lo que reviró: “Vente de traductor y para que hagas una reseña del viaje, tomando fotos y video.” Sin decir que sí del todo, dieron mi nombre al emisor de los boletos. Poco después me proporcionaron una playera roja sobre la cual cosí una

banderita de México en el pecho. De parte de Telmex nos hicieron llegar un teléfono satelital para reportar cualquier contingencia.

Finalmente partimos. Hicimos en Francia una escala obligada, ya que el vuelo a la India no salía hasta el día siguiente. En París, en un ambiente frío y lluvioso, los doce integrantes de la brigada visitamos, en un peculiar *tour* peatonal, los lugares obligados. Durante el recorrido por París nos acompañaron cuatro mexicanas estudiantes de la Sorbona. Al final de un ajetreado día, pasamos la noche debajo de un puente junto al Sena, para esperar la apertura del Metro y regresar al aeropuerto. Al llegar al día siguiente a la terminal aérea nos dimos cuenta de que nos faltaba un topo. Unos segundos antes de cerrar la puerta del avión, el topo ausente llegó corriendo, para luego confesarnos que se había ido a la Sorbona a buscar a una de las estudiantes, porque aquella noche, bajo el puente frente a Notre Dame, se había enamorado de ella.

Llegar a la India fue como arribar a otro mundo: los olores, colores y sabores eran sorprendentemente distintos. Un topo, parado en unas rocas frente al mar, lloraba. Le pregunté por qué, si aún no llegábamos al sitio del desastre. “Es la primera vez que veo el mar —me contestó— y es hermoso.” Luego de un viaje en ferrocarril de doce horas, y luego de un tormentoso trayecto de catorce horas a bordo de un pequeño camión tipo escolar, llegamos por fin al lugar del siniestro. En un campamento de la Unicef nos facilitaron dos casas de campaña *made in Pakistan* —una especie de tendajones arabescos sin instrucciones de armado. Un par de horas después caímos en la cuenta de que uno de ellos estaba incompleto: le faltaba el mástil central. Los doce topos terminamos metidos en una sola casa. Cuando por fin me disponía a dormir, llegó el amanecer acompañado de tambores y cánticos, pues estábamos dentro de un templo sagrado. Cuando la brigada se reportó lista en el centro de mando para iniciar sus labores, me declaré en calidad de damnificado.



Mexicanos al rescate.

Nunca había sentido un cansancio tan absoluto y demoledor.

Poco nos tomó reconocer que la India no era territorio Telcel, ya que el teléfono satelital nunca funcionó. En el centro de mando nos pidieron, entre otras cosas, efectuar un recorrido por las distintas provincias afectadas, donde recabamos el número de decesos, afectaciones y necesidades, para efectuar un conteo preliminar y asignar debidamente el reparto del auxilio internacional. Transcurrieron siete días en los cuales pude observar escenas terribles y catastróficas. El sismo había sido el más devastador de los últimos cincuenta años en la India, con más de veinte mil muertos y alrededor de 170,000 heridos. La forma de asumir el dolor y soportar las inclemencias de las circunstancias posteriores al sismo, por parte del pueblo hindú, parecieron increíbles.

La experiencia y la aventura bien valieron la pena. Guardo aún mi camiseta roja de los topos, con la banderita mexicana cosida a mano, junto con un ladrillo roto, como testimonio de la ayuda que brindamos a gentes que nunca supieron de dónde veníamos, primer paso del largo recorrido que seguramente emprendieron para restablecer de nueva cuenta su penosa vida. —

— DAVID LEE

CONSPIRACIÓN

El porqué del tsunami

Cuando ocurre cualquier catástrofe, las teorías de la conspiración apuntan invariablemente a los judíos. Así ocurrió con el 11 de septiembre y las decenas de fantasías que circularon por internet (si la Mossad tuviera una fracción del poder que le adjudican los antisemitas, Israel dominaría el planeta). Ahora, como es costumbre, los racistas desquiciados han vuelto a las andadas. En ningún lugar hay más antisemitas por kilómetro cuadrado que en los medios de comunicación del mundo árabe. Al menos cada tercer día recibo, en mi correo electrónico, un mensaje del MEMRI (Middle Eastern Media Research Institute, www.memri.org) que me pone los pelos de punta. Desde 1998, el instituto se ha dedicado a documentar el creciente fanatismo de los medios de comunicación árabes. Al leer los envíos del MEMRI me he enterado —y esto sólo en las últimas semanas— de que, de acuerdo con la obra de un doctor egipcio llamado Muhammad Abdalla Al-Sharqawi, los judíos tienen “la obligación de matar a cualquiera que no lo sea: un judío peca si tiene la oportunidad de matar a un gentil y no lo hace”. En un boletín parecido, otro doctor (¿dónde reciben sus doctorados estos hombres?), un tal Jama al-Husseini Abu Farha, profesor de teología en la Universidad de Suez, explicaba, con lucidez similar, que los judíos tienen claras instrucciones, en el Talmud, de “chupar la sangre de musulmanes y cristianos para usarla en rituales religiosos”, para luego proceder a informar a sus lectores que “la palabra ‘judío’ se usa en inglés para decir ‘engaño, falsedad y mentira’”.

El último asunto en esta larga lista de culpabilidad apareció hace unos días. Hace unas horas leí que los judíos han resultado responsables —sorpresa de sorpresas— del terrible *tsunami* que devastó el sureste asiático. De acuerdo con el reporte del MEMRI, el jeque palestino Ibrahim Mudeiris aseguró, durante un sermón transmitido en la tele-

visión de la Autoridad Palestina, que el maremoto fue obra de Alá. La lógica de Mudeiris es infalible: “¿Qué ocurrió en el sureste de Asia? [...] la corrupción y opresión provocada por Estados Unidos y los judíos se han incrementado. ¿Ha escuchado usted de esas playas a las que llaman ‘paraísos turísticos’? Allí hay intereses sionistas y estadounidenses y los musulmanes son obligados a prostituirse. ¿Acaso la Tierra cerrará los ojos ante tal corrupción? No, la hora cero ha llegado.” Pero las teorías de la conspiración no terminan en esa especie de venganza divina contra los intereses judíos y estadounidenses. El semanario egipcio *Al-Ussbu* publicó, algunos días después de la catástrofe, su propia versión antisemita de los hechos: todo ocurrió debido a una serie de pruebas nucleares llevadas a cabo entre Israel, Estados Unidos y la India con el fin de “liquidar a la humanidad”. En palabras de *Al-Ussbu*, las más recientes “explosiones nucleares” ideadas por israelíes y estadounidenses ya han “comenzado a destruir ciudades enteras”.

Los judíos, sin embargo, no parecen ser, al menos esta vez, los únicos culpables de la tragedia. La prensa árabe también ha explicado el *tsunami* como un golpe de Alá para castigar a todos los borrachos y homosexuales que aprovechan (naturalmente) las “festividades cristianas”, las cuales generalmente “van acompañadas de cosas prohibidas: inmoralidad, adulterio, alcohol, bailes impropios”. El profesor saudita Fawzan Al-Fawzan, por ejemplo, declaró la siguiente joya en una entrevista transmitida en la televisión religiosa Al-Majid, que se origina en los Emiratos Árabes Unidos: “Algunos de nuestros antepasados dijeron que si hay usura y fornicación en una aldea, Alá permite su destrucción. Es sabido que en esos hoteles, que tristemente existen en el sureste asiático musulmán, la fornicación y demás perversiones sexuales ocurren, sobre todo en épocas navideñas. Que el *tsunami* ocurriera en esas fechas es una señal de Alá: pasó en Navidad, cuando los fornicadores y la gente corrupta de todo el planeta vienen a refocilarse a

esas tierras.” Acto seguido, el profesor abundó en su explicación con un dato de dudosa procedencia: “Una bailarina cuesta 2,500 libras esterlinas por minuto y un cantante cuesta 50,000 libras por hora, y van de un hotel a otro, del anochecer al amanecer. Y así pasan la noche entera, desafiando a Alá.” ¿Cómo llegó a semejantes precios el profesor Al-Fawzan? Habría que decirle que alguien, en Dubai, le está viendo la cara. En cualquier caso, para Al-Fawzan y demás analistas que tienen un sitio de honor reservado en la televisión árabe, con el *tsunami* “Alá se vengó de estos criminales”.

Después de leer las explicaciones de las que da fe el MEMRI, he empezado a echar cuentas de todas las cosas que han salido mal en mi propia vida últimamente. Por eso es que, ahora, he decidido pasarle la factura a la enorme conspiración sionista-estadounidense-hindú-homosexual-ebria-bailarina-fornicadora por el retraso en las obras del Periférico, por ese bar que me cobró seiscientos pesos por tres refrescos en fin de año, y por el molesto ruidito que sigue sin dejarme en paz en la ventana derecha de mi auto. Hoy en la mañana, cuando lo escuchaba, comencé a preguntarme si aquel sonsonete no sería una sutil, muy sutil venganza divina. —

— LEÓN KRAUZE

BOTIQUÍN

Elogio del termómetro

Qué sencillo es, qué frágil, y sin embargo piensen cuántas generaciones se habrán pasado ya, a estas alturas, el termómetro de brazo en brazo. Cuántos millones de niños aburridos han tenido que esperar los dos o tres minutos, esforzándose por acalorarse y que el mercurio suba hasta los cuarenta grados para no tener que ir a la escuela; cuántos han querido que estalle o que se rompa, y así poder jugar con el venenoso mercurio, esa plata que se une y se independiza a placer, que parece estar viva. El termómetro es un invento deportista, una carrera de re-

sultados imprevisibles, por eso no lo vencen los aparatos y las bandas que se inventan con el mismo fin, porque no tienen chiste, no tienen adentro un animal que corre. Mal que bien, el que inventó el termómetro inventó un pequeño juego casero. El termómetro es el hipódromo de los enfermos; el que lo sufre y el que lo aplica hacen sus apuestas: que no tengo fiebre, déjame mujer; o toca, toca, estoy hirviendo. Manos y mejillas destempladas contra las frentes sudorosas, todos sabemos que el animal guardado en la varita de cristal, inquisidora de nuestras oquedades, decidirá con un relincho nuestra suerte. —

— ANA GARCÍA BERGUA

VIÑETA

Veranda con glicina

La adoración de las montañas, lee el señor Poe en *Cosmos* de Alexander von Humboldt, y la contemplación de las flores distinguen a la poesía china de la de Grecia y Roma. Ssu-ma Kuang, hombre de Estado y poeta, describe en su *Jardín*, escrito hacia la época de la invasión normanda en Inglaterra, su amplia vista del río Kiang, repleto de juncos y sampanes, el verde oscuro de los pinos más allá de su terraza de peonías y crisantemos, el verde azulado de los arbustos y el oro bermellón de los caquis, mientras espera con gusto el arribo de amigos que le leerán sus versos y escucharán los suyos. —

— GUY DAVENPORT

Traducción de Gabriel Bernal Granados



Guy Davenport, 1927-2005.

GUERRA FRÍA

El hombre que salvó el mundo

¿Sabe usted quién es Stanislav Petrov? ¿Recuerda quizá lo que alguna vez este hombre hizo? Seguramente no, igual que yo hasta hace pocos días. Pero posiblemente gracias a él usted y yo estamos vivos o nos hemos salvado de ser meros sobrevivientes en un mundo espectral, completamente distinto del presente. El acto que realizó Stanislav Petrov —una mezcla de intuición, frialdad, sensatez, cálculo y buena suerte— salvó el planeta de la destrucción nuclear, aunque él esté muy lejos de ser considerado un héroe. De hecho, no recibió ninguna medalla ni premio honorífico o económico, sino más bien una reprimenda de sus superiores. Hoy su historia parece apenas una nota al pie en los anales de la Guerra Fría, y él es sólo un viudo de 65 años, que vive olvidado por todos, achacoso y acompañado por su hijo y un perro en un modesto piso —su mísera pensión de jubilado no le permite más— en un tristán suburbio llamado Friaзино, en las afueras de Moscú. De esto y de su historia me he enterado por el reciente reportaje que le hizo el periodista Mark McDonald del *Philadelphia Inquirer*; no he visto otras referencias en periódicos de circulación nacional, lo que hace presumible que el asunto pasará inadvertido para la mayoría.

Para entender lo que Stanislav Petrov hizo hay que retroceder a los años ochenta, cuando la Guerra Fría entre las superpotencias y sus respectivos aliados o satélites era un constante juego de estrategias, actos de propaganda, provocaciones y amenazas que mantenían el mundo en vilo, siempre al borde de la catastrófica conflagración final. Vivir en ese estado de tensión y jaque generados por Estados Unidos y la ahora extinta Unión Soviética nos parecía normal, parte de la vida cotidiana, y estábamos resignados a que la sorda rivalidad por la supremacía siguiera indefinidamente: era mejor que la guerra misma.

Pero en septiembre de 1983 esa tensión era altísima y todo parecía pender de un hilo: el día primero de ese mes, una aeronave comercial perteneciente a una compañía surcoreana fue derribada sobre territorio soviético (al que aparentemente había ingresado debido a un error de navegación) por aviones de combate rusos, cuyos radares la confundieron con un avión militar espía; las 269 personas a bordo murieron. El grave incidente produjo una crisis, un escándalo mundial e incontables teorías sobre el hecho que iban de la conspiración más siniestra a la más inocente confusión del piloto coreano. El habitual secreto con el que el régimen soviético manejaba estos asuntos, y su negativa a dar explicaciones u ofrecer disculpas, hacía peores las cosas: los nervios se crispaban y el ambiente político internacional estaba más envenenado que de costumbre.

Ése era el contexto en el que, veinte años atrás, se encontraba Stanislav Petrov, quien tenía a su cargo una muy delicada misión: era el comandante y el más alto responsable de un equipo de técnicos y militares especializados que, encerrados en un búnker secreto y sepultado bajo tierra para no ser detectado por los sistemas de contraespionaje norteamericanos, monitoreaba, día y noche, la red de alerta temprana ante cualquier posible ataque de misiles nucleares del enemigo. Petrov no era el prototipo del militar soviético rudo y torpe que las películas y las novelas de espionaje solían pintar. Formaba parte de la más escogida elite castrense: ilustrado y con buena formación, gozaba de respeto dentro y fuera de las filas como teniente coronel, y gozaba también, por cierto, de los privilegios y beneficios del poder. Era el hombre encargado de tomar, en cualquier momento, una decisión suprema: la de oprimir el botón rojo que dispararía los misiles para detener en el aire la agresión extranjera, y los misiles de contraataque sobre suelo enemigo; es decir, en sus manos estaba el poder de comenzar el fin del mundo. Y eso fue justamente lo que enfrentó la histórica noche del 26

de septiembre de 1983.

Poco después de la medianoche, una nueva red de satélites llamada *Oko* (“El Ojo”) reflejó en las pantallas de Petrov y su equipo algo extraño y temible: lo que parecían cinco siluetas moviéndose a gran velocidad y altura en dirección a Moscú; segundos después los identificó como cinco misiles *Minuteman II* con cabezas nucleares. El sistema de detección estaba programado de tal manera que, una vez confirmado el inminente ataque, Petrov estaba forzado a respetar las precisas instrucciones de la computadora, seguir un “protocolo” de emergencia nuclear y comunicar de inmediato la situación a sus superiores en el Kremlin; así se eliminaba toda posibilidad de vacilaciones ni debilidades humanas. Una luz roja con las palabras rusas equivalentes a “¡ATAQUE / MISILES!” titilaba en la consola frente a él: el circuito electrónico no le dejaba otra opción que la prevista para estos casos. La situación era todavía más dramática porque todo el proceso, que iba de la detección del inminente peligro hasta la decisión final de apretar el botón que desataría la represalia soviética, tenía que cumplirse en aproximadamente doce minutos.

Enfrentando esas circunstancias apremiantes e irrevocables, rodeado por todo su personal en estado de máxima alerta, pero en el fondo solo, Stanislav Petrov revisó una vez más la información que se desplegaba ante sus ojos. Y observó algo que no le pareció acorde con la lógica ni con sus conocimientos técnicos sobre las armas de largo alcance. Se hizo entonces una pregunta elemental: “¿Por qué sólo cinco misiles?” Bien sabía que, si Estados Unidos había resuelto atacar la Unión Soviética en ese momento (y el caso del avión coreano era un buen pretexto), disparar únicamente cinco misiles era completamente ridículo. Su inmenso arsenal estaba concebido para lanzar una lluvia, una espesa oleada de centenares, quizá miles, de misiles para desarticular por completo al enemigo y superar sus defensas antiaéreas con la simple fuerza del exceso (*overkill* se llamaba esa fuerza

abrumadora de las armas), sin importar si eso producía una victoria o el apocalipsis. Esa deducción le bastó a Stanislav Petrov para tomar una decisión. Tomarla y transmitirla oficialmente a las autoridades en el Kremlin: se trataba de una falsa alarma: nada más.

Lo asombroso es que Petrov adoptó esa posición sin estar absolutamente seguro de que no se estaba equivocando. Era más bien una especie de apuesta de que lo contrario —que se trataba de un ataque verdadero— era algo irracional, insostenible, ajeno a las reglas presentes de la guerra. Y lo hizo sabiendo que, si cometía un error, sería juzgado y ejecutado como un despreciable traidor a la sagrada patria rusa y al no menos sagrado Partido Comunista, o a lo que sobreviviera de ellos después de la hecatombe.

Felizmente para él, y para todos nosotros, Petrov no se equivocó al negarse a aceptar los indicios que le presentaba “El Ojo” como algo irrefutable —ahora tiende a ser una actitud normal la basada en la noción de que la inteligencia artificial es infalible, al revés de la humana. En efecto, los cinco sospechosos puntos que aparecían en la pantalla de Petrov no eran producto de la combustión de los motores de presuntos misiles, sino —aunque parezca increíble— simple reflejo de los rayos solares sobre las nubes que cubrían en ese momento los silos de los *Minuteman* en Montana. Ésa fue la conclusión a la que llegó una comisión militar que investigó el incidente; el informe permaneció en secreto hasta 1993, el mismo año en el que Stanislav Petrov se retiró, sin pena ni gloria, de las fuerzas armadas, tras lo cual tuvo que trabajar como guardia de seguridad para poder subsistir en la nueva Rusia, donde ha pasado al desván de las ruinas del período soviético.

Esta historia tiene un significado muy aleccionador en nuestros días, en los que hemos dejado atrás los hábitos de la Guerra Fría por los de la “guerra antiterrorista” que trata de eliminar o reducir un peligro cierto y brutal, pero que al mismo tiempo ha creado un estado de histeria general que es parte de la



Stanislav Petrov: la duda razonable.

ansiedad y la sensación de vulnerabilidad en la que vivimos todos desde el 11 de septiembre. Hemos tenido que acostumbrarnos a aceptar que a todos nos observan constantemente una serie de complejos sistemas electrónicos y cuerpos especializados, que dependen de esa información para protegernos y para actuar de inmediato; es decir, todos somos potencialmente sospechosos para no ser todos víctimas, diferencia que realmente no siempre controlamos, porque otros son los encargados de hacer la distinción entre apresarnos o protegernos con sus equipos de alta precisión. Si alguien comete un error, si un mecanismo electrónico falla y da una falsa alarma que dispara la esperada y salvadora respuesta automática, ¿habrá siempre por allí un Petrov con su providencial duda, con su misma cabeza fría? Estamos, en verdad, siempre al borde del abismo, envueltos en una guerra en la que se nos ha reclutado, lo queramos o no. Hay algo aterrador en ello, que es quizá la secreta victoria que cada día ganan los grupos radicales y fanáticos sin

disparar un tiro ni hacer explotar una bomba

Doy un ejemplo: en Estados Unidos, todos sabemos que hay una orden permanente dada a un escuadrón específico de la fuerza aérea, que tiene la misión de disparar y derribar cualquier avión —comercial, privado o militar— que se desvíe sospechosamente de su ruta habitual y sobrevuele cierta área alrededor de la Casa Blanca o ciertos puntos estratégicos. Los agentes de la guerra contra el terror han hecho un frío cálculo: la vida del presidente vale más que la, digamos, doscientos pasajeros inocentes. ¿Qué pasaría si eso ocurre y luego se descubriese que fue un error de detección, como el que frenó Petrov, o un involuntario cambio de ruta, como el del piloto coreano? ¿Cuál es la

consecuencia moral de este dilema que nos plantea a cada minuto el estado actual del mundo? En algo me recuerda el argumento que *justificaba* el lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki como éticamente aceptable, porque la atroz muerte que sufrieron decenas de miles de civiles japoneses salvó la vida de millones si la guerra se prolongaba.

El novelista William Styron concibió una situación basada en esa justificación: la de un hombre que, paradójicamente, le debía la vida a la bomba atómica, pues con la rendición de Japón se había salvado de ir y posiblemente morir en el frente. No se libró, sin embargo, de un agónico sentido de culpa: el de haber sido uno de los elegidos para sobrevivir en un horrible mundo postnuclear, una posibilidad tal vez semejante a la que enfrentó Stanislav Petrov en esa olvidada medianoche del 26 de septiembre de 1983, cuando su escepticismo puso en riesgo a su país pero nos salvó a todos. —

— JOSÉ MIGUEL OVIEDO